

CULTURA Y GLOBALIZACIÓN

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana *

Diferencia en cuanto constelación semántica es la noción más apropiada para imaginar lo característico, distintivo y peculiar y la categoría más pertinente para pensar lo irreducible de nuestro tiempo, tiempo paradójicamente el más globalizador de nuestra historia. Diferencia es, a la vez, el concepto constituyente de la Antropología que trata de describir y comprender al Otro, esto es, la diferencia específica humana por un lado y por otro su prolífica variación en miles de formaciones culturales, diferenciadas todas por sus contenidos materiales y espirituales, pero en gradual ocaso en un mundo cada vez más homogéneo y homogeneizador. Y, sin embargo, en nuestro vocabulario diferencial ocupa el Otro un espacio privilegiado, su procedencia e identidad grupal estereotipada son objeto de nuestra creciente preocupación y discurso. La despoticación y disolución del sujeto en la actualidad es tan evidente como su briosa afirmación y ansiosa búsqueda de raíces personales y comunitarias. Contrasentidos, paradojas y aporías de nuestra existencia, existencia que quiebra categorías unificantes y rechaza generalizaciones soberanas porque violentan y limitan nuestra humana condición que no se deja encorsetar fácilmente. Pero —otro contrapunto más— clasificar y conceptualizar es de todo punto necesario si no queremos ser esclavos de lo particular y contingente. El escrutinio de alguna de estas paradojas y tensiones que marcan el campo de la diversidad cultural en un período de creciente globalización es el hilo enhebrador de estas breves líneas.

* Sesión del día 30 de marzo de 2004.

No dudo de la utilidad de la categoría universal *diferencia* en su sentido de *αρχη*, de pensar la diferencia como diferencia y de analizarla como categoría de base y esquema cognitivo, pero son otras las dimensiones que voy a privilegiar; concretamente voy a presentarla como una aventura histórico-cultural del ser y existir loco-temporal humano. En este sentido sus modos de existencia son plurales pero como la *penuria nominum* para apellidarlos con precisión es patente voy a servirme de designaciones débiles reiterativas para apuntar algunos de ellos. Diferencia en cuanto principio de no-identidad es una experiencia primordial, algo así como un *prime* o primitivo semiósico empírico y objetivo. Quiero decir con esto que la evidencia del tu, de él y del otro es anterior a la del propio yo y que la tensión con ellos constituye uno de los aspectos esenciales de nuestra conciencia y existencia. Ésta, en otras palabras, es función constitutiva de la diferencia. Esta escena primaria original es común a todos, pero desde el momento en que nacemos en un lugar y tiempo determinados y en el interior de una familia concreta crecemos en un cuadro cultural con instituciones, ideas y valores que nos marcan y distinguen, en algunas de sus dimensiones como la lengua, para toda la vida, lo que es un hecho muy significativo pues se han hablado en la historia humana en torno a 50.000 lenguas.

Y aquí comienza la aventura humana que encontramos dialécticamente descrita en cualquiera de las introducciones a la Antropología. La estructura instintiva del hombre al nacer no está sino imperfectamente programada; tampoco está especializada para, o dirigida a, un medio geográfico concreto; al contrario, tiene que establecer continuamente, por necesidad, innumerables relaciones con muy diferentes medios. En este proceso de creación produce un mundo más estable y medios *ad hoc* para solucionar sus problemas, o en otras palabras, produce culturas. Los instrumentos, las técnicas, las costumbres, normas, instituciones, las construcciones ideológicas y metafísicas, las creencias, ritos y mitos substituyen a su deficiente equipo biológico. El hombre se hace exteriorizándose, esto es, creando cultura. No puede vivir sin cultura. Pero la cultura, esa su obra específica y maravillosa, la que le humaniza y sublima se venga también y le crea problemas; una vez creada y en actividad se independiza de su autor. Adquiere tal consistencia y objetividad en sus productos materiales y espirituales, tal objetivación y reificación, tan imparable dinámica interna que se enfrenta a su creador. El cuchillo, y la energía atómica siguen sus propias leyes lógicas y nos amenazan constantemente, el coche enviará a nuestros cementerios a unas cinco mil personas este año. Las instituciones le dominan y subyagan, a su pesar, muchas veces; las normas nos dirigen, mandan, prohíben, controlan, sancionan y castigan. A los pertinaces desobe-

dientes se les tiene por raros, locos, inmorales, se les priva de libertad y aún de la vida. Si actúa contra los valores predominantes se siente culpable; la ideología y la creencia, en su apoteosis, le pueden destruir: todo por el grupo, o por la patria. Experimentamos la cultura propia como objetiva, externa y coercitiva.

No termina aquí la tensión cultural. El segundo *datum* inicial y radical, automático e irremediable es que todo grupo, todo *nosotros*, por serlo, es una fábrica de identidad, en mayor o menor grado; ningún grupo puede subsistir sin que sus miembros reconozcan y desarrollen, en convivencia aunque sea mínima, lo que tienen en común. Nuestra comunidad político-moral nos define y nos hace ser, en gran medida, lo que somos al anclarnos en un lugar geográfico, en una estructura económico-social y proveernos de una cosmovisión espiritual. Nuestros espacios vitales, lengua, normas, costumbres, antepasados y valores, creencias, ideologías, significados, mitos, símbolos y ritos son agentes de solidaridad además de prestarnos certidumbre, dignidad y valía. Y más importante, la *nostreidad* nos provee y gratifica con un sentido de totalidad, de comunidad moral autosuficiente al promulgar todo un código de valores éticos y metafísicos que definen el significado de la vida y del más allá. Ahora bien, totalidad, moralidad, nostreidad-separación son, entre otros, conceptos básicos en la definición de lo exclusivo, sin mezcla y puro, esto es, de lo sagrado. La onticidad del grupo tiene, por tanto, una dimensión sacral, lo que quiere decir que, en principio, tenemos que esperar que todo conjunto humano se defina a sí mismo como más natural y propio, como privilegiado, como mejor y superior, lo que genera narcisismo cultural y espíritu de sacrificio que puede conducir, en determinadas circunstancias de crisis, a la inmolación personal¹. No hay categoría sólo comfortable y positiva en lo verdaderamente humano.

La estructura del grupo cultural que tantas bendiciones imparte en la conformación del individuo tiene también una determinación óntica en su modo de existir que ha causado parte de la tragedia del hombre desde el Paleolítico. Todo grupo por serlo y para serlo establece límites y crea variadas fronteras; estos bordes excluyentes y separaciones del exterior son inherentes a la particularidad de la existencia humana. Los perímetros culturales, real y mentalmente acotados, no sólo establecen controles y peajes materiales y espirituales a pagar por el ajeno sino que tienen su razón de ser en su propia constitución estructural que se define como *anti* o *frente a*, de forma que cuanto mayor lealtad interna y cuanto mayor sea el volumen de autoafirmación identitaria radical mayor será, en principio, la oposición al Otro, tanto real como en cuanto objeto de discurso. La identidad comunitaria es una categoría disyuntiva que implica, a la vez que antagoniza —en potencia al

¹ Amplió estas reflexiones en *Las máscaras de la identidad*, Ariel, 1997.

menos— con su antónimo, con la alteridad; no se puede definir un término sin el otro. En etapas de cambio acelerado y en momentos de crisis —real o provocada— se robustece la afirmación del grupo, se densifican las relaciones solidarias internas y se recrudece el rechazo del extraño y ajeno. Esta formulación disyuntiva hábilmente manipulada puede llevar a la imposición de estándares de pureza cultural, a la satanización del Otro, a los campos de concentración —el primero fue español y el segundo inglés— y a la limpieza étnica.

Pero a la vez, y curiosamente —el número de adversativas que estoy acumulando enumera las paradojas y aporías a que me he referido al principio —el nosotros nos provee de un paradigma ideal para captar y entender al Otro, pues sólo lo familiar y común nos enfrenta a la diferencia y a la diversidad. El uno pasa por el Otro, somos unos en tanto en cuanto hay Otros; conceptualmente y en la práctica nos necesitamos aunque nos odiamos. Sin uno no hay Otro, ambos provienen de momentos, espacios y experiencias paradigmáticas, ambos conforman un conjunto en el que las posiciones relativas de semas opuestos tienen prioridad lógica sobre los miembros relacionados. Y esto es así porque ambos se disuelven en un proceso dinámico cuya esencia es la relación. El nosotros se realiza según los otros que lo rodean y el ajeno sólo se puede definir en función del nativo, de una comunidad, etnia o estado, dogma, ideología, creencia etc. diferentes. De aquí que *extraño* funcione como un modo categorial a través del cual nos entendemos a nosotros mismos, ya que fuerza a reflexionar sobre la heteromería del ser y sobre los modos de estar. Precisamente porque somos diferentes estamos en condiciones de entender al extraño; el verse a sí mismo en el Otro es propio del necesario movimiento exteriorizador humano al que antes he aludido, movimiento que acaba retornando a su punto de origen que viene así enriquecido desde y por el Otro.

Sería terrible si en cada momento y circunstancia tuviéramos que inventar procedimientos, crear normas e idear valores para poder actuar. Es precisamente la cultura la que nos soluciona muchos de los problemas a que nos enfrentamos, es la cultura la que nos dirige mentalmente por cánones establecidos y nos hace distintos y diferentes de los demás. Pero curiosamente —una vez más— aflora la paradoja: la diversidad tiene mucho de común. Efectivamente: las culturas ni son necesariamente coherentes en sus valores ni armónicas en sus creencias; el desorden, la confusión, la tensión en una palabra, nunca están ausentes. En nuestra cultura encontramos además un conjunto de subculturas que dirigen y afectan en manera desigual a sus miembros; el período en que vivimos es un buen ejemplo de una cierta anarquía cultural en cuanto a valores. Las culturas, por otra parte, nunca son radicalmente otras y ni siquiera rigurosamente específicas; tienen, sin duda, un núcleo distintivo, una orientación diferente, pero desde su etnogénesis hasta el pre-

sente han sido y son híbridas, mestizas, cruzadas. Toda cultura es polisémica, ambigua, imprecisa y plurivalente, imaginada y cambiante; toda cultura es intercultural, producto de interculturalidad, esto es, de interrelación e interdependencia; toda cultura es multicultural, se construye siempre en relación y contando con otras, en continua referencialidad *ad extra*. Incorpora elementos, recibe y presta ideas, asume, ramifica y trastrueca rasgos, instituciones, valores, vocabularios éticos y creencias; ofrece posibilidades humanas a otras a la vez que es estimulada y enriquecida por ellas. Como resultado del irremediable contacto todas adquieren un carácter analogable porque además sirven las mismas o similares funciones en nuestro desarrollo epigenético. Esta relación de coimplicación, esta transfusión de potenciales humanos, esta intersubjetividad en una palabra, contribuye a que tengamos competencia cognitiva en contextos culturales y experiencias ajenas; porque somos híbridos podemos penetrar más y mejor en otras culturas². ¿Contribuye la creciente expansión de la globalización a acelerar el proceso de hibridación, hontanar de riqueza cultural, o conlleva también, en su imparable dinamicidad interna, la erradicación de centenares de culturas que se llevan consigo otras tantas maneras, insubstituíbles, de ser hombre y mujer, de humanidad? La respuesta una vez más es aporética.

II

Globalización es un concepto altamente polémico porque se le ha investido de semas axiológicos y de variedad de funciones en un complejo conjunto cuyos elementos interaccionan en ecologías y formas que no se pueden ni prescribir ni predecir en abstracto. Pero es precisamente esa hipersensibilidad a contexto la que activa la heterogeneidad de resultados. Para lo que aquí interesa podemos servirnos de él como un concepto orientativo que tiene los siguientes rasgos: es un paradigma que proviene del desarrollo económico homogeneizador y del imperio de la técnica avasalladora que por exigencia interna superan y cruzan fronteras nacionales. Al ser las relaciones económicas globales crean relaciones de interdependencia a escala mundial en las que todos nos vemos envueltos de alguna manera, lo que tiende a crear un estado de espíritu que nos invita a ser ciudadanos del mundo.

La globalización viene también arropada por una cierta sensibilidad moral que se concreta en ayudas a necesitados en cualquier parte del mundo en épocas de crisis o catástrofes graves, lo que impulsa, desde otra vertiente, a fomentar una

² Amplió también esto en las págs. 73-91 de *Anticipaciones académicas del siglo XXI*, de S. DEL CAMPO (ed.), Instituto de España, 2003.

ciudadanía universal; la globalización predica la igualdad de derechos y los derechos humanos y la democracia y dispara un flujo sin fin de comunicación; favorece, en tercer lugar, los procesos de civilización que presuponen un universalismo humano o una humana naturaleza común y, no menos importante, está regida por criterios abstractos y principios racionales universales, los que han hecho de Japón, al apropiárselos, una economía mundial, de India nación exportadora de especialistas en computación y de sectores africanos y polinesios agricultores especializados. Son varios los factores de la globalización que inducen a la integración de la comunidad humana, pero sin duda hoy son extraordinariamente activos la internacionalización del mercado y la economía política global que llevan bienestar y prosperidad y la técnica que se materializa con frecuencia en la expansión de la medicina occidental. Hechos positivos en gran medida porque no podemos permanecer neutros ante ideas y prácticas que contribuyen a hacernos más humanos y solidarios, que nos liberan de enfermedades y de la tiranía de la ignorancia y que favorecen el desarrollo de la común condición humana. No todo vale en todas culturas. La globalización, por último, invita a hacer una nueva Historia y una innovadora Antropología adaptadas ambas a una edad global; la interrelación a escala mundial y el multiculturalismo no toleran el estancamiento en esas disciplinas.

Pero esos mismos factores son también híbridos, acarrear, entre otras, consecuencias negativas, el ocaso de culturas. El capitalismo, la industrialización, el individualismo y la ciencia crean océanos de *Gesellschaft* secularizada y despersonalizada que ahogan a la múltiple *Gemeinschaft* tradicional y humanizada. El capital e intereses globales interfieren con las culturas locales de cuyos miembros se sirven porque perturban su ontología tradicional al introducir arrolladores rasgos de una cultura global; ocasionan además una emigración masiva a escala mundial que desenraíza a millones de personas de su comunidad, lengua y modo de vida lo que crea ansiedad cultural tanto en desplazados como en receptores, fenómeno que está produciendo problemas graves de exclusión. Las culturas no sólo se hibridizan, desaparecen. ¿Podemos hablar de imparable genocidio cultural? Concretamente ¿pueden subsistir 56 grupos étnicos en Méjico y 83 lenguas en Etiopía?

La diversidad cultural es, repito, un hecho primordial, una *force of nature*, y más pertinentemente un universal concreto que ha marcado la historia de la humanidad desde su comienzo. Se calcula que han sido habladas unas 50000 lenguas —cada lengua va con un modo de vida y por tanto con una cultura— de las que sólo quedan en torno a 6000 y de las que cada semana desaparecen dos. El mismo futuro se prevé para las 27 lenguas indias de Oklahoma y para las 20 daghestanias en el Cáucaso. Sólo en Australia en los próximos años se habrán extinguido 250. En la América de Colón se hablaban 2.200 lenguas pero de muchas de

ellas sólo conocemos su existencia. En el Renacimiento y debido a las relaciones etnográficas, en su mayor parte españolas, provenientes de América, China y Japón tomaron conciencia de todo un carnaval de culturas que sólo conocemos por textos; en Europa se han contabilizado más de cien culturas y más de mil en África, pero 268 están en peligro de extinción inminente. En cuanto a hibridación California es un buen ejemplo: el 70 por 100 de sus habitantes son hispanos, asiáticos o negros en un proceso imparable de cruzamiento. La globalización en cuanto hegemonía e imposición de valores culturales particulares de una sociedad lleva a la homogeneización desintegrando la compleja trama de lo local y abandera una cultura de carácter global. No hace falta insistir en algo que experimentamos todos, incluidos los habitantes de las remotas islas Salomón perdidas en Australasia que corean los nombres de los jugadores del Real Madrid al verlos jugar en una pantalla gigante³.

Las estructuras de globalización tienden a desintegrar las formas de vida locales; éstas se justifican en principio, y en conjunto, por sí mismas, porque existen, son un bien común. Son laboratorios en los que se han forjado modos de ser, formas de humanidad, grandes narrativas imaginativas con exuberante riqueza de procesos simbólicos, cánones de pensamiento, lógicas cualitativas y sistemas de significado. Todas culturas tienen un valor humano intrínseco, son experimentos en vivir; todas nos proponen fascinantes interpretaciones de lo humano; todas son inviolables en principio e insustituibles porque en conjunto ensanchan la posibilidad de pensamiento y acción, porque amplían el arco de lo humano. La diversidad cultural proporciona un hontanar de opciones que estimulan y enriquecen y hace posible que unas culturas corrijan y complementen a otras; la diversidad es además moralmente importante, un contrapeso substantivo para impedir que una cultura dominante y hegemónica pueda llevar a un monismo moral con la imposición de una lengua, de una única verdad para siempre y para todos. La humanidad no es uniforme y las personas tampoco lo son, ambas han sido moldeadas por miles de años y culturas diferentes. La divergencia cultural ha creado centenares de formas de intersubjetividad recíproca, nos hace pensar en otros Otros porque crea un clima de diálogo no sólo de oposición. Cada cultura que desaparece mutila a la humanidad.

Pero son también las estructuras de globalización y el cortejo de noemas que la constituyen los que han activado multitud de procesos de afirmación y endu-recimiento cultural. Este proceso hegemónico simultáneamente destruye y energiza cultura. La proliferación de movimientos de des-centralización, re-formulación

³ Comunicación del prof. F. GINER ABATI.

y re-vitalización y entre nosotros el auge de las autonomías y la revalorización del patrimonio cultural son claros exponentes. Ha sonado el tambor de la beligerancia cultural en las antiguas repúblicas soviéticas, en Bretaña, Lombardía, Occitania, Cornwall, Escocia, Gales y Córcega; hasta los sami suecos han conquistado un espacio en la televisión y han adquirido el estatus de aborígenes en Noruega. Significativo es que en un radio de 30 kilómetros al Sur de Monte Perdido, en el Sobrarbe oscense, haya 19 museos locales y exposiciones permanentes de su patrimonio tradicional. La declaración por las Naciones Unidas en 1993 como año de los pueblos indígenas marca el principio del auge del indio americano, de los aborígenes australianos, de Micronesia y Polinesia y de la devolución de tierras a los nativos de Canadá y Nueva Zelanda. Los indios norteamericanos han pasado en la década de los setenta de 700.000 a 1.400.000. Proceso de afirmación cultural particularmente interesante es el generado por enclaves de emigrantes que elaboran institutivas estructuras de deseo y motivación basadas en marcos de reinterpretación tanto de la cultura propia como de la receptora; en cada región española tenemos un buen número de esas revitalizaciones estratégicas. Por otra parte no podemos olvidar las protestas antiglobalización y la multiplicación de movimientos neofuncionistas que congregan a centenares de miles de manifestantes; respuestas comprensibles aunque no necesariamente todas compatibles.

Todas las formas y prácticas culturales son, desde luego, arbitrarias, contingentes, temporales y por tanto históricas pero cada una de ellas actúan como un refugio posible ante el desencanto personal y la alineación que en ocasiones evapora al individuo; cada una de ellas ofrece anclajes, esto es raíces, puntos de apoyo, seguridad ontológica que da sentido a la existencia y formulaciones de ultimidad. Ninguna sociedad puede negar su primordialidad ecológica, sus estructuras de experiencia, formas de organización y modos de representación de la realidad; ningún grupo humano es insensible a ese cierto perfume mágico que va con la emoción de pertenencia, con la exaltación de la libido en cuanto energía creativa que se canaliza en la elaboración del patrimonio cultural propio y se expresa en la producción de obras literarias y artísticas con las que todos nos sentimos vinculados. Cervantes y Velázquez y Goya son nuestros. En realidad la cultura tiene mucho de creación artístico-poética objetiva y de apropiación personal subjetiva. Somos, nos demos o no cuenta, cultura. La diversidad cultural y la lealtad local son constitutivos esenciales de nuestra humana existencia, incuestionables por inevitables y deseables, y es propio de la dinámica interna de cada cultura preservar y cultivar su especificidad. Lo nuestro es la diversidad, no la uniformidad. No sorprende, al contrario fascina, que la globalización haya producido también el efecto completamente contrario a lo esperado: la universalización de los particularismos. Paradojas de la vida.